

El misterio del brazalete de zafiros

Libro III de la serie Los Sabuesos de la Transición

·NARRATIVA·

Manuel Alfonseca

El misterio del brazalete
de zafiros

·SCHEDAS·

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS. Salvo usos razonables destinados al estudio privado, la investigación o la crítica, ninguna parte de esta publicación podrá reproducirse, almacenarse o transmitirse de ninguna forma o por ningún medio, electrónico, eléctrico, químico, óptico, impreso en papel, como fotocopia, grabación o cualquier otro tipo, sin el permiso preceptivo.

© 2015 de texto, Manuel Alfonseca

© 2015 de la edición, SCHEDAS

Edita: SCHEDAS, S.L.

Paseo Imperial, 43C

28005 Madrid

España

Tel.: +34 911264770

ofi@schedas.com

www.schedas.com

Primera edición: 2015

Diseño de cubiertas: MMB

Ilustraciones interiores: MMB

ISBN (impreso): 978-84-16558-02-5

ISBN (EPUB): 978-84-16558-03-2

ISBN (MOBI Kindle): 978-84-16558-04-9

Impresión: CreateSpace, Amazon.com



Índice

1. Un encuentro casual	7
2. Eliminando una posibilidad	15
3. El <i>corpus delicti</i>	23
4. Atendiendo a la prensa	31
5. La primera entrevista	39
6. La segunda entrevista	47
7. La tercera entrevista	55
8. Las dos últimas entrevistas	63
9. Revisando las notas	71
10. Negocios sospechosos	81
11. Discusión amistosa	89
12. Dos jóvenes sospechosos	97
13. Persecución en el desierto	105
14. Desbrozando el caso	113
15. El drogadicto	121
16. El sacrificio	131
17. El arresto	139
18. Explicaciones	149
19. Cerrando el caso	159
20. Epílogo	165



1

Un encuentro casual

Aquel viernes, 1 de diciembre de 1978, a primera hora de la tarde, fui a la estación de la Plaza de Armas de Sevilla para despedir a mi novio, Gonzalo, que salía para realizar un trabajo de campo organizado por la escuela de ingenieros, junto con un profesor y varios de sus compañeros.

—¡Hasta el domingo por la tarde, Vicky! ¡Cuidate! —me dijo, asomado a la ventanilla, mientras el tren se ponía en marcha.

Agité la mano para decirle adiós, y en cuanto se perdió de vista di media vuelta y me dirigí hacia la salida. De pronto, un hombre que venía de otro andén, en el que otro tren acababa de llegar, se detuvo delante de mí y me miró con curiosidad.

—Victoria Ramos, ¿no es verdad? —preguntó.

Estaba vestido con elegancia, con una gabardina impoluta y sin una arruga, a pesar de que acababa de llegar de viaje. Tendría unos cuarenta años, y sus ojos, de color gris acero, demostraban que tenía la costumbre de tomar el mando dondequiera que se encontrase. Lo reconocí en el acto.

—Inspector Gutiérrez. Hace tiempo que no nos veíamos.

—Desde que coincidimos en el caso de la casa encantada de Villalba. ¿Cuánto hace? ¿Dos años, quizá?

—Más bien dos años y medio. Fue en julio del setenta y seis.

—Es cierto. ¡Cómo pasa el tiempo!

—Pero usted me ha reconocido sin dificultad.

—Jamás olvido un rostro. Usted tampoco se ha olvidado de mí.

—Pero usted conoce mucha más gente que yo... Además, no es probable que yo me olvide de aquello.

—No. Corrió usted un gran riesgo... innecesario, si me permite decirlo.

—Ya lo dijo usted entonces. Afortunadamente, todo salió bien.

—Pero podía haber salido mal. ¿Qué ha sido de su novio, el detective aficionado? No me diga su nombre... ¡Ya recuerdo! Gonzalo González.

—Acabo de despedirle. Ha salido en viaje de estudios.

—¿Siguen ustedes tan enamorados como entonces?

—O más, si cabe.

—Los felicito. Los dos están en la universidad, ¿verdad?

—Sí. Gonzalo estudia tercero de ingeniería, yo estoy en segundo de biología.

—Me parece recordar que entonces eran ustedes muy jóvenes. ¿Qué edad tienen ahora, si me permite preguntárselo?

—Hace poco hemos cumplido los veinte.

—¡Ya! Entonces no podrán votar el miércoles la nueva constitución.

—No, hay que tener veintiuno. Es una pena. A partir de que se apruebe, se podrá votar desde los dieciocho, pero como todavía no está en vigor...

—Ya tendrán ocasión.

—¿Y usted, inspector? ¿Cómo le va? ¿Qué le trae por aquí?

Mientras hablábamos, habíamos seguido andando, y ahora estábamos junto a la salida de la estación. El inspector se detuvo, me miró con ojos penetrantes, como si estuviera tratando de analizarme, y durante unos segundos no contestó a mis preguntas. Luego pareció tomar una decisión y dijo:

—Acabo de llegar de un trabajo rutinario que me sacó fuera de Sevilla. Me han hecho volver urgentemente para que me ocupe de otro caso. No parece muy complicado, pero, como sé que le interesan estas cosas, ¿le apetece acompañarme durante las primeras investigaciones? Creo que aprendería usted mucho. Y como su novio está de viaje, y por esta semana ya se han acabado las clases...

No dudé un momento.

—Si me concede usted dos minutos para llamar a casa y avisar de que llegaré tarde, estaré encantada de ir con usted.

—Dos minutos más o menos no importan — dijo.

Corrí a una cabina y hablé con mi madre. Antes de los dos minutos, estaba de vuelta junto al inspector, quien inmediatamente llamó un taxi y le dio una dirección en el barrio de El Porvenir, uno de los más elegantes de Sevilla.

Mientras el taxi corría por el paseo de Cristóbal Colón y pasaba por delante de la plaza de toros de la Maestranza, el inspector me habló del caso que nos esperaba.

—Se trata del robo de una joya. Al parecer, al mismo tiempo ha desaparecido la criada, por lo que lo más probable es que la ladrona sea ella. No creo que se presente ninguna dificultad, pero usted podrá ver de primera mano cómo enfocamos estas cosas.

—Gracias, inspector. Seguro que será muy educativo.

Me miró como si sospechara que mis palabras encerrasen alguna ironía, pero al ver mis ojos pareció tranquilizarse y ya no volvió a hablar hasta que el taxi se detuvo delante de la dirección indicada.

El edificio ante el que nos encontramos era un caserón impresionante, con dos pisos y ático-terraza, balcones en el segundo piso, un patio delante de la casa, separado de la calle por una valla

baja con seto de alambre, y la puerta de entrada de artesanía, casi toda de vidrio, con enrejado de fantasía. Tras despedir el taxi, el inspector entró en el patio a través de una puerta en arco y llamó a la entrada principal de la casa, o más bien —pensé— del palacio.

Nos abrió una mujer de edad indefinible y rostro surcado de arrugas, que a las preguntas del inspector se identificó como el *ama de llaves*. (¿Todavía quedan amas de llaves? —pensé). Tras saber a qué veníamos, colgó mi abrigo en una percha (el inspector no quiso quitarse la gabardina), nos llevó hasta el fondo del vestíbulo, bordeando la impresionante escalera que subía al segundo piso, nos hizo atravesar un patio interior al estilo clásico sevillano, con un pozo en el centro, y nos condujo hasta una especie de cuarto de estar muy cómodo, con vistas a una calle lateral, donde nos sentamos en sendos sillones y aguardamos a la señora de la casa, que no tardó en aparecer.

Era una mujer de unos cuarenta y cinco a cincuenta años, que sin duda había sido muy guapa, pero que empezaba a delatar los efectos de la edad, aunque se esforzaba en ocultarlos con abundante maquillaje, tinte para el pelo y ropas elegantes. Al entrar ella, nos pusimos en pie, el inspector le dio la mano y se presentó:

—Inspector Gutiérrez, de la policía —dijo. Luego se volvió hacia mí y añadió: —Esta es Victoria Ramos, mi ayudante.

Me sentí estúpidamente halagada por las palabras del inspector. La dueña de la casa, sin embargo, no me dirigió más que una mirada superficial y no volvió a ocuparse de mí. “Sin duda me toma por su secretaria,” pensé. Cediendo a un impulso travieso, en cuanto nos sentamos saqué un bolígrafo y un bloc que siempre llevo conmigo, lo abrí por una página en blanco y me dispuse a tomar notas. El inspector me miró con guasa, pero no dijo nada y me dejó hacer.

—Como ya sabe, inspector —dijo la mujer, entrando en materia sin perder un momento, — me llamo Ana María Romero y soy la esposa de Manuel Vargas. Esta mañana, al levantarme de la cama, eché de menos una de mis joyas, un brazalete de zafiros que me regaló mi marido hace algunos años. Es una de mis favoritas. Al principio pensé que lo habría puesto en otro sitio, pero después de buscar bien por todo el dormitorio, no pude encontrarlo. Por otra parte, estaba segura de que tenía que estar en la habitación, porque recuerdo perfectamente que ayer me lo quité allí mismo cuando me retiré a dormir. Por fin, cansada de buscarlo en vano, toqué el timbre para llamar a mi doncella, Lucía, por si ella lo hubiese cambiado de sitio, pero no contestó a la llamada. Llamé al ama de llaves y me dijo que ella no la había visto desde anoche. Entonces la buscamos por toda la casa, pero no pudimos encontrarla. Y hasta ahora.

—Esta chica, Lucía,—dijo el inspector,—¿hace mucho que trabaja para usted?

—Desde septiembre pasado.

—¿De dónde procede?

—Pues eso es lo raro, inspector. La trajimos de Almonte, que es el pueblo de mi marido. Es hija de una antigua criada de su familia. No puedo comprender que me haya robado, y menos que haya huido de casa, porque ¿a dónde va a ir? No puede volver con su familia, porque la encontraríamos...

—Eso es lo que nosotros tendremos que descubrir. ¿Tiene usted alguna fotografía de la chica?

—Me parece que no.

—En ese caso, descríbamela, por favor. Tome nota, señorita,—añadió dirigiéndose a mí y sumándose con naturalidad a mi pequeña broma.

—Pues es una chica joven, de unos veinte años, ni guapa ni fea, más bien bajita, un poco rellenita...

—¿Color del pelo y de los ojos?

—Tiene el pelo castaño. Los ojos, no sé... Nunca me he fijado.

—¿Cómo iba vestida?

—¿Cómo voy a saberlo, si no la he visto desde ayer?

—Bien, pronto lo averiguaremos. ¿Han echado de menos otras cosas? ¿Más joyas, por ejemplo? ¿O dinero en efectivo?

—Pues sí, inspector, he echado de menos un broche, pero es de bisutería, representa una mariposa, no tiene ningún valor. Quizá no se lo haya llevado ella, puedo haberlo perdido en otro sitio. Dinero no, no falta nada.

—¿Puede darme alguna información más?

—Pues así, de momento, no se me ocurre nada.

—Es ese caso, haga venir al ama de llaves. Quiero ver la habitación de Lucía... ¿cuál es el apellido de la doncella?

—Pues la verdad es que no lo sé, —dijo con una risita. —Yo siempre la llamaba Lucía. Seguramente Josefa, el ama de llaves, lo sabrá.

—Pues llámela.

La señora de la casa tocó un timbre que estaba en la pared de la habitación. En cuanto apareció el ama de llaves, preguntó:

—¿No me necesita más, inspector?

—De momento, no. La mantendré informada de nuestras investigaciones.

Dejándonos solos con Josefa, salió de la habitación.